



LOS TRES LADOS DE
LA MONEDA

Trilogía de una Vida

Lado CRUZ: ECOS

MANUEL FALCÓN MARTÍN



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2021

Depósito Legal: AL 1221-2021

ISBN: 978-84-1104-011-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Falcón Martín

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Proporcionada por el autor

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*A todos los míos, los de aquí y los de allá,
por darme inspiración y fuerza.*

Índice:

Capítulo 1 —Origen	11
Capítulo 2 —Todo llega	23
Capítulo 3 - Sara.....	35
Capítulo 4 —Luz	105
Capítulo 5 — Vicky.....	155
Capítulo 6 —París	185
Epílogo: Ocaso y Luz	193

Capítulo 1 —Origen

Parabéns pra você,
Nesta data querida.
Muitas felicidades,
Muitos anos de vida.

Hoje é dia de festa,
Cantam as nossas almas.
Para a menina Paola
Uma salva de palmas...

De repente una cadencia de palmadas arrítmicas me hizo romper ese viaje al otro lado de la realidad, ciertamente, al otro lado de mi realidad. No era la primera vez, pero lo preocupante estaba siendo el goteo abusivo y espeso de unos recuerdos que no habían sido solamente una parte de mi vida, habían tallado de desigual forma la vida de otras personas.

Levanté la cabeza, cuyo reflejo se desdibujaba en la cristallera principal de aquel restaurante, un ventanal enorme que a esas horas de la noche nos reflejaba tal como somos.

En O Cristo, ya la mayor parte de las múltiples mesas, que amortiguaban lo diáfano de sus cuatro salas, estaban vacías. Pulcramente preparadas para el almuerzo del siguiente

día, todas exactamente igual, para cuatro comensales, con mantel blanco de algodón portugués y los correspondientes servicios necesarios para acicalar y facilitar el deleite a todo mortal que disfruta del buen marisco.

Al girarme hacia la derecha pude contemplar esa reunión familiar que celebraba con sutileza y un silencio que molestaba el cumpleaños de la pequeña Paola. Apenas eran diez personas, pero más que suficientes para esa chica, de pelo moreno, rizado, gafas generosas y ropa acorde al acontecimiento interpretado a las rancias maneras. Todo más que suficiente para ella, si ponderamos su sonrisa, la alegría que repartía por el local: nada más necesitaba para no olvidar ese día y marcarlo en su haber como las cicatrices del deber que nos van tatuando, de forma definitiva, a lo largo de la vida.

¡¡Díos mío!! ¡Cuánto tiempo hacía que no me sentía como Paola... que mi sonrisa no me acompañaba como en tiempos pretéritos!

Tuve por unos instantes una vil envidia de aquella estampa, que me avergonzó por lo insensato del caso y que intenté detener mirando hacia mi lado izquierdo, después de rellenar mi copa con el culín que reposaba en la botella, esa última parte que tarda en servirse, pero que al escarchar el cristal nos hace detener el tiempo antes de dar un nuevo sorbo.

En ese flanco quedaban dos mesas ocupadas, distantes entre ellas, pero comunes al compartir humos de unos cigarrillos que apuraban mientras hacían lo propio con un *molotov*, postre de clara montada de huevo en forma de un mazacote que asusta cuando crees que es macizo y más aún cuando ajustas sus calorías.

La pareja más joven compartía un pitillo ya en las últimas y el plato con dos diminutas cucharillas; durante el par de

minutos en que los estuve observando no intercambiaron palabra alguna, solo algún gesto de complicidad y la constante vigilancia de sus teléfonos móviles.

A tres metros de ellos, otra pareja joven, en este caso dos mujeres que parecían estar en pleno idilio amoroso, como cuando te enamoras de verdad (no hace falta que sea la primera vez), agarrando sus manos con fuerza, a la vez que finiquitaban lo que tenían de pastel y dejando que sus cigarrillos expirasen en un cenicero de cerámica.

Humos semejantes en forma, pero bien distintos en esencia: el primero, fumata negra de desencuentro y lejanía; el segundo, de armonía y deseo.

Me dispuse a dar mi último trago, largo e intenso, mas fui interrumpido al final por un atento camarero.

—*Tudo de bom, senhor?*

—*Sí, perfeito, obrigado!*—respondí, con unas de las pocas palabras que me atrevo a usar del portugués.

Antes de salir no me pude resistir a un delicioso Licor Beirão con algo de hielo y mucho de nostalgia en cada sorbo, pequeños pero frecuentes.

Tras esos escasos cinco minutos enfilé la calle que me trajo al restaurante, no sin mirar antes hacia la izquierda y disfrutar así de una magnífica fuente adornada de excelentes y generosos azulejos paridos en aquella zona por las manos de gente que sabía lo que se hacía, de gente orgullosa de haber descubierto medio mundo y que nunca imaginarían cómo se degradaría con sus descendientes aquel esplendor.

Los colores blanco y azul, siguiendo la tradición; la Inmaculada, alegorías de todo mundo conocido e imaginable rozando lo idílico y, sin embargo, con la cercanía de lo deseado y reconfortante.

Tal como me acercaba a mi primer destino paseando por esos adoquines pequeños, cuadrados, perfectamente irregulares y mojados por la fina lluvia que empapaba hasta las piedras averdinadas, mi cabeza seguía con su particular neblina: lluvia de recuerdos y anhelos, deseos del pasado ya no realizables, pero que pellizcan cada rincón de la conciencia. Lo sé, no puedo revivir lo muerto, ni aun con gran imaginación, si bien mi deseo no era olvidar por no hallarlo realizable, pues habían sido demasiados años, demasiadas personas involucradas e igual número de almas afectadas; tantos colores, aromas, momentos, situaciones que... cómo no hacer algo para remediarlo: inmensidad de ecos sin articular una sola palabra.

—Esta vez será la definitiva, no más despueses —me dije para mis adentros usando una voz moderada, intentando obligarme a ello doblemente y no dando más ventaja a mis cobardías.

Instintivamente miré a la derecha y, en uno de los laterales de la hermosa iglesia que me ladeaba, vi un azulejo revelador, no muy grande, bien conservado y con una imagen definitiva: un Cristo crucificado. Me acerqué un poco más, retiré con delicadeza y devoción las gotas de agua que vidriaban la leyenda escrita en la zona central inferior y pude leer: CRISTO DA PIEDADE. La palma de mi mano derecha se deslizó entonces por toda la parte central de las grandes losetas y esa imagen nada tenía que ver con las definiciones de piedad que describe nuestro real diccionario. Sus manos abiertas, receptivas aún bajo ese dolor físico extremo, cabeza erguida, rayos de vida, rosas florecidas y un cielo tranquilo: Él ha vencido y la muerte no iba a ser, en perfecto equilibrio con la vida, pero en minúsculas, lo memorable de Su existencia; tenía que ser lo vivido y, además, lo que no dio tiem-

po a hacer en ese pasado, pues el futuro ya no tenía fuerza en esta situación. Ya no pasará más lo que desde hace años me atormenta de forma cimentada; no había solución, pero sí sitio para albergarlo de forma perenne y suave, adornos de mi existencia que, según cómo se vean y en qué momento, son de un color u otro, son luces o sombras.

Esa noche iba a comenzar todo, estaba decidido y acordado entre todas mis capas de existencia: mi moralidad, mi lógica, mi inventiva, mis sentimientos, mis alucinaciones, ¿eran todas solo de mi pertenencia...? Todas a una para una misma causa, ser justas a cada una para poder convivir entrelazadas con las menores fricciones posibles.

El trayecto entre el Santuario y mi hotel, Sao Joao de Deus, fue intuitivo e inconsciente, pues yo estaba ansiando llegar a mi habitación y desarrollar mi trama; eso era lo que ocupaba la actividad de mi consciencia y no el camino de vuelta, ya automatizado por las veces realizado.

En tanto crucé el vestíbulo encontré el acceso a las habitaciones; a medida que los escalones de esa majestuosa escalera de mármol alentejano iban quedando atrás, mi mente tenía cada vez más claro cómo debería comenzar todo, como si ese letargo durante lustros se hubiese iluminado, como si algo hubiese zamarreado con violencia merecida lo más cercano a la muerte que puede padecer alguien vivo: ¡no ser uno mismo! Con los años supe la importancia para ello de aquella niña portuguesa, de aquel momento; no estaba dispuesto a privarme más de esos destellos intensos de felicidad que definitivamente me embriagaron en los pocos minutos que compartimos nuestras vidas.

Me detuve en el penúltimo escalón; su parte central presentaba un mayor desgaste en comparación con sus extremos y, con ello, la mayor indicación de una experiencia aumentada. Así estamos todos, con momentos en nuestras vidas con mayor desgaste por haber sido vividas de forma más intensa, diversa, desagradecida, ingrata y, a veces, hasta de forma incondicional, que no sin emociones.

Esas partes de mi vida, al menos las mías, no iban a pasar a mi olvido y, con ello, a su desaparición total; en mi puzle, otro más en mi vida, no faltarían piezas, por muy irregulares y difíciles de encajar que fuesen.

Tardé más en llegar a mi habitación comparado con mi anterior trayecto desde Senhor Jesus da Piedade, perdido en esos laberintos que son los pasillos de hoteles no nacidos para tal destino y con distinto propósito al que lo hizo pro-

yectar. Una vez cerca de la puerta, enfrenté la llave no sin dificultad y accedí a la que anteriormente habría sido una celda de importancia en este majestuoso convento.

Con enorme paradoja, la luz que alumbraba la habitación parecía haber cegado la claridad de ideas, de esa intención a remediar mi crónico despropósito; las dudas y nubes grises de siempre enturbiaron por jactable ocasión lo que urgía ser resuelto.

—Noooo, esta vez noooo —me repetía una y otra vez a cada paso que, de forma errática, daba dentro del saloncito, obligándome al mismo tiempo a desterrar la conocida respuesta, esa que cada vez me era más ajena y extraña, menos reconfortante que antaño, esa que más me separaba de lo necesitado.

Mi aposento ralentizaba toda acción, sumido en un pasado lento y pegajoso, diseñado para el sosiego y no para el arrebató, cuando mi mente necesitaba romper ese cargante sinvivir y estallar. Necesitaba desconectar y desconectarme, de todos y de mí, dejar que la suavidad buscada del momento liberase esos recuerdos que necesitaba recolectar de nuevo, dejarlos fijados en papel y que no fuesen más unos maleducados que, no atendiendo a razones, campasen con despecho para destrozar mi equilibrio: ¡esa sería mi auténtica libertad! Total, al final lo único que queda es lo escrito.

Recuerdo una ventana amplia, con vasta profundidad por los muros de casi un metro de anchura del edificio, y difícil de cegar con la luz de una luna llena que protagonizaba de forma ejemplar la claridad de esa noche. Las cortinas de impávido espesor y color inerte difícilmente podían competir con esa poderosa energía subordinada a nuestra estrella que todo lo puede, aunque mi obsesión por la perfección intentaba no dejar resquicio entre ellas, ni que halo alguno

me perturbaba en ese momento que iba a llegar; me afané en extremo, mas no conseguí totalmente lo buscado: la perfección no existe y si existe no es humana. Un bucle sin fin percutía esta máxima en mi mente intentando racionalizar mi conducta, que empezaba a ser más mecánica que vital.

Murmullos de placer resonaban tras la pared donde se apoyaba el enorme cabecero de mi lecho, voces que intentaban desviar mi objetivo a otros rincones de mí, la voz aterciopelada de una mujer en gozo acumula siglos de atracción, ¿cómo no levitar con ella, siguiendo esos sonidos hechizantes, a esos lugares de paz y profundo reconocimiento de lo mundano, cuando se me era reconocido como la excelencia de lo divino!

Deshice la cama, cubierta con abundante tapijío; la noche era fría de todas las formas imaginables y mi cuerpo semidesnudo empezaba a sentir la necesidad de estar arropado, aunque fuese con la yerma piel de esos tejidos. Anduve unos instantes por los bordes de una señorial alfombra que soportaba toda la envergadura de mi lugar de descanso, finamente decorada de los colores más identificativos de nuestra tierra hermanada por los mares, ese azul cielo y su blanco cal que igualmente se funden en la insignia de mi tierra natal, esa ciudad justamente concebida e injustamente poblada, esa Carmona que mucho me proporcionó y más me da que pensar en los momentos en que, como ahora, los colores me evocan aromas de recuerdos, las voces me colman de energía y los olores alimentan mi ego. Llamativos eran los colores amarillo y granate que cerraban su contorno, muy llamativos.

Mi tiempo esa noche llegaba a su fin, cansado de todo el día, de toda la semana y, por qué no decirlo, de casi toda una vida que últimamente se había convertido en duda cíclica, arrogante, irritante e insolente.

—¡¡¡Dios!!!, dame un poco de paz, ¡¡hazme felizmente ignorante!! —me gritaba visualizando a mis deseos la engañosa felicidad de los rodeantes, fieles clones de los tiempos virtuales que estaban machacando nuestras existencias, momentos fáciles por lo poco que se exigía.

Este cansancio mental empezó a materializarse, mis párpados ya no tenían más fuelle para este día y me deshice rápidamente de todos los cojines que mantenían mi tronco erguido.

Antes de reposar la cabeza en la fina almohada de crudo lino, me giré para apagar la luz de la lamparita que débilmente se apoyaba en una mesita de noche con caracteres manuelinos. Iba palpando con la necesidad de encontrar el interruptor cuando un tacto suave caló en mi piel, enfoqué la mirada lo más certeramente posible y divisé lo que parecía un pequeño libro, con las dimensiones de las típicas Biblias que encuentras en las habitaciones de los hoteles de otros países, de esos que no se avergüenzan ni de su religión ni de su pasado, aun siendo más bárbaros o avanzados que los ibéricos.

Las pastas estaban revestidas de un fino terciopelo, de color burdeos, atendiendo, sin mayor precisión, a lo que mi cansancio me dejaba percibir con limitada nitidez; sin pensarlo dos veces lo cogí, lo miré con más detenimiento una vez me volví a incorporar y, al intentar abrirlo, supe de la existencia de un broche lateral, de color dorado, que sellaba cada mitad. El último escollo ya estaba vencido, cuando de repente decenas, cientos de páginas en blanco empezaron a pasar de forma rápida; hoja tras hoja y sin nada escrito o dibujado, todas menos una: ¡¡¡¡ESTA ES TU VIDA, ESTA ES TU VIDA, ¿ESTA ES TU VIDA?!!!!

De repente un sudor frío y amenazante me hizo cabecear de forma brusca para, seguidamente, en cuestión de un suspiro, incorporarme con malos modos: a mi derecha escuché

cómo una respiración lenta me avisaba de un desenlace fatal y terminaba, al fin, por situarme en la realidad. No estaba en esa habitación donde las hojas de un libro vacío me estaban abrumando. El sol en toda su plenitud marcaba sobre las tres de la tarde y el magnífico convento acondicionado como hotel ahora exhalaba el típico olor a hospital.

Mi sueño se convirtió en pesadilla, mi pesadilla en triste realidad a medida que ponía todas las piezas en su sitio y me daba cuenta de que aquello era mi triste realidad, que estaba a punto de sentir un dolor que nunca se podrá describir, pintar o poner en pie sobre las tablas del mejor teatro.

A la segunda espiración me levanté como pude de mi letargo; era necesario, pues no era sonido de lamento, más bien de llamada desesperada. No había mucho tiempo que perder.

Me acerqué a esa cama alta, blanca y de esqueleto metálico, llena de desconchones mimados por la corrupción política; una vez allí solo pude inclinarme, abrazar ese cuerpo castigado, moribundo, irradiándome recuerdos y emociones que no se pueden resumir ni catalogar; de forma ansiosa me abracé a él con toda mi fuerza, puse mi mejilla contra la suya, sus labios rozaban mi oreja derecha cuando, de repente, sentí la tercera expiración, la que sería su última vez. Todavía recuerdo la intensidad de su postrero golpe respiratorio sobre mi rostro: fue muy suave pero de una intensidad emocional enorme. De forma instintiva lo incorporé levemente para abrazarlo como si no fuese a perderlo para siempre, como así fue.

MI PADRE ACABABA DE MORIR EN MIS BRAZOS.